

caracteres de certidumbre moral que lleva consigo. Crece de continuo su ciencia, porque nuevas generaciones le rinden constantemente el tributo de sus luces, y porque aplicada á nuevos hechos, á nuevas costumbres, á nuevos pueblos, se ve confirmada sin cesar por nuevas experiencias. Crece tambien su virtud, porque el número de hombres que la practican llega á ser mayor en cada siglo, aumentándose con esto los testimonios que frecuentemente se le rinden. Así que, cuanto mas se aproximará la Iglesia á su término, habrá menos razones para contradecir su enseñanza; y al contrario, cuanto mas cercana ha estado á su origen, mas necesidad ha tenido de testimonios exteriores y solemnes de su mision. De donde proviene que aun cuando en la Iglesia se obren siempre milagros, son hoy menos numerosos que en su principio.

Sin embargo, no basta que la Iglesia esté cierta de su mision y de su institucion divina: tampoco basta que tenga una incomparable autoridad moral para sí y para los otros; es menester además que sea infalible, es decir, que no pueda engañarse en la enseñanza de la doctrina cuyo depósito guarda, porque si pudiera engañarse, quedarian siempre jueces los entendimientos á quienes enseña para saber si ella se habia engañado en tal ó cual caso. Ahora bien, habiendo sido establecida la Iglesia porque el discernimiento de la verdad no puede ser obra del género humano compuesto de niños, de pueblo y de hombres ilustrados, sin tiempo para dedicarse al estudio, si no fuese infalible; no tendria derecho á exigir fe; solo podria dirigirse en particular á cada individuo diciéndole: Hé aquí cómo entiendo tal ó cual punto de dogma, de moral y de disciplina general; ve si tu razon está de acuerdo con la mia. Dejaría por consiguiente de ser una autoridad docente, viniendo á parar en lo que son los ministros protestantes, simples lectores de la Biblia, permitiendo al pueblo que la entienda como lo juzgue conveniente. Y hasta los ministros protestantes se hallan en contradiccion perpetua con el principio que les sirve de base, pues mientras conceden á cada uno el derecho de interpretar la doctrina, no pueden prescindir de dar á los fieles sus interpretaciones particulares; y usando en tales términos de la autoridad, mantienen hasta cierto punto en los diversos países las diferencias que distinguen á cada una de sus sectas, luteranos, calvinistas, anglicanos. Verificase este resultado por la fuerza de la autoridad docente, y por la opresion de los pueblos enseñados, pues esa autoridad que les enseña es falsa, y está en contradiccion no solo con las demás autoridades protestantes,

sino tambien consigo misma. En suma, Señores, el género humano debe ser enseñado, como lo probé en mi primer discurso; es necesariamente enseñado, quiera ó no quiera; y no es juez de la enseñanza que recibe, porque no es capaz de serlo: de donde se deduce que debe ser enseñado por una autoridad que no pueda engañarle, y que tenga derecho de exigir su fe: cualquier otro método de enseñanza es tiranía, pues somete al hombre á una autoridad falible, que puede esclavizarle bajo el yugo del error.

Pero esa infalibilidad, necesaria á la Iglesia establecida por Dios para gobernar al género humano, no es propiedad de nuestro entendimiento: supone, en efecto, que la inteligencia no se verá jamás oscurecida por la ignorancia y las pasiones, manantiales fecundos del error; pero el hombre se halla de continuo expuesto á la ignorancia por la debilidad de su entendimiento, que es finito, y á las pasiones por la debilidad de su corazon, que se halla corrompido. Todo lo que puede hacer es emanciparse del error en un caso dado; es decir, lograr certeza. Tomado en masa el género humano, está afectado de la misma impotencia, y afectado en mayor grado todavía, porque se halla mucho mas sujeto á la ignorancia y á las pasiones que un hombre particular, supuestas ciertas condiciones de estudios y de virtudes. Si el género humano no hubiese perdido en Adán los privilegios de su creacion, hubiera recibido indudablemente, mediante sus comunicaciones perpetuas con Dios, la luz y pureza suficientes para conducirse; pero esto no es así. Solo la Iglesia recibe el espíritu de Dios; ella es sucesora de los derechos primitivos del género humano; por ella sola podemos restablecer nuestras relaciones originales con Dios; á ella se ha dicho: *Estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1).

No veais, pues, en la infalibilidad de la Iglesia un privilegio extraño é incomprensible; por el contrario, es de lo mas sencillo y mas necesario á los hombres el restablecimiento de sus relaciones con la verdad. Si hay en el mundo alguna cosa que cause extrañeza, no es que la verdad sea concedida por Dios al género humano en una enseñanza pura de errores, sino que esta enseñanza sea desconocida, á pesar de lo mucho que la necesitamos; y solo el desorden introducido en nosotros por el pecado original puede explicar esta anomalía. Notadlo bien, Señores, la Iglesia no crea la verdad; la verdad existe en Dios, existe en la palabra que Dios ha

(1) S. Mateo, cap. 28, vers. 20.

hablado á los hombres, y todo el privilegio de la Iglesia está en enseñar esa palabra sin poder trasformarla en error. ¿ Como es posible enseñar al género humano, y exigir su fe sin la posesion de este privilegio? Así, Señores, toda religion que no se llama infalible, se halla convencida de error por ese mismo hecho, pues declara que puede engañar, lo cual es á la par el colmo del desdoro y del absurdo en una autoridad que á nombre de Dios enseña: declara no ser mas que una filosofía, y ha de tener por consiguiente la suerte de una filosofía. Un ejemplo reciente os suministra incontestable prueba; habeis visto hombres presentándose ante la humanidad como fundadores de una religion: muchos de ellos eran hombres de talento, de entusiasmo y de buena fe. Pues bien, estos hombres se han hundido ante la necesidad de una mision divina, y de una promesa de infalibilidad; todos juntos, con su jefe á la cabeza, no se han atrevido á parecer ante vosotros, y á deciros: Oid y creed, porque nosotros somos infalibles! Y por eso el raciocinio los ha destrozado; porque lo que lo hace perecer todo en el día, lo que hace que el mundo esté fluctuando es el raciocinio, es que el hombre no cree ya en el hombre, y todavía no quiere someterse á Dios. Sin una autoridad divina no hay cosa alguna firme ni estable, sino viento que pasa destruyendo cuanto toca. Si la sociedad se conmueve de un extremo á otro de Europa, ¿ qué creéis que la agita en sus cimientos? No es el hierro el que derriba á los príncipes: el hierro se cruza con el hierro: choca la fuerza con la fuerza; y cuando las potencias de la tierra solo tienen que luchar contra la fuerza, anonadan con sus ejércitos á los que se alzan en rebeldía. Pero el enemigo terrible, el que todo lo trastorna y contra el que nada pueden reyes ni repúblicas es el raciocinio, el raciocinio sin el contrapeso de la autoridad y de la infalibilidad.

Y no obstante, á pesar de esta necesaria infalibilidad, solo la Iglesia católica se ha atrevido á llamarse infalible. Lejos de pretenderlo las religiones paganas, ni aun osaban enseñar una doctrina á sus sectarios: la religion mahometana se contenta con obligar á sus discípulos á leer el Alcoran: los protestantes rechazan de sí la infalibilidad, y nada enseñan á los pueblos sino contradiciendo perpetuamente su principio. No enseñar nada ó poner en las manos un libro reputado por divino, hé aquí todo el recurso de las religiones que no se llaman infalibles. Y si preguntais por qué no se titulan infalibles, habré de deciros que no pueden, que conocen á fondo que sus variaciones perpetuas ó lo absurdo de sus dogmas destruirian á

cada paso semejante pretension. No es tan fácil como se presume llamarse infalible. Toda religion falsa empieza por el hombre, y ¿ cuál es el hombre bastante audaz para proclamar infalibles sus pensamientos y los de sus sucesores? ¿ Cómo se hubiera proclamado infalible Lutero, por ejemplo, que atacaba la infalibilidad de toda la Iglesia? Todo hombre que quiere fundar una nueva religion, es decir, corromper una religion antigua, porque nadie mas que Dios ha fundado una religion sobre la tierra, todo hombre animado de tal designio se halla á la vez en la necesidad y en la imposibilidad de proclamarse infalible. Si no se proclama infalible, ni él ni sus sucesores obtendrán la fe de sus propios sectarios, perecerán por el raciocinio, que introducirá en su doctrina una variacion ilimitada. Si se proclama infalible, será el escarnio del universo. Hé aquí por qué los falsos inventores de dogmas se ocultan en el fondo de los templos, sepultan en el misterio y bajo formas simbólicas sus doctrinas, ó bien invocan el raciocinio como los herejes, y construyen fugitivos dogmas sobre esa arena movediza de efímeras iglesias. Al proclamarse infalible la católica, hizo lo que es sin duda absolutamente necesario, al paso que superior á las fuerzas del hombre. Y esa infalibilidad se halla realmente demostrada en ella por una constancia indestructible en sus dogmas y en su moral, á pesar de la diferencia de los tiempos, de los lugares y de los hombres.

¿ Por qué no os reís cuando os digo que soy infalible, no yo, sino la Iglesia de quien soy miembro, y de quien he recibido mi mision? ¿ Por qué no os reís, vuelvo á decir? Consiste en que la historia de la Iglesia le da algun derecho hasta á vuestros ojos para presentarse como infalible; consiste en que se ha mantenido firme como una pirámide en una serie de diez y ocho siglos, y á través de todos los movimientos de la inteligencia humana. Por eso mismo querriais insultarla; decís bien: no es mas que un sepulcro, y solo hay dentro un poco de ceniza. Sí, pero ese sepulcro es el de Jesucristo, esa ceniza es una ceniza que vive largo tiempo, y siempre la misma, y en torno de la cual giran contra vuestra voluntad vuestras propias ideas.

Diréis que el principio mismo de la infalibilidad ha producido ese resultado. Pero es en vano declararse infalible no siéndolo realmente, pues entonces nada puede impedir las variaciones y las contradicciones producidas por la divergencia de los entendimientos. ¿ Cómo es que Gregorio XVI y los obispos de su época tienen

las mismas ideas que todos sus predecesores, aunque viven bajo nuevas influencias? Que crea el pueblo como los jefes de la doctrina porque los considera infalibles, en hora buena; pero ¿cómo conservarían la unidad de la doctrina esos mismos jefes, sino guiados por un espíritu superior, inmutable é infinito? Reconozcamos, Señores, en esta armonía de los hechos con los principios el carácter divino, única cosa que puede explicarlo. Debe haber en el mundo una autoridad con destino á enseñar; esta autoridad debe poseer los mas altos caracteres de certidumbre ó de autoridad moral, y además debé ser infalible, á fin de poder exigir la fe de aquellos á quienes enseña, y que no pueden ser jueces de la doctrina. Ahora bien, solo la Iglesia católica enseña á todo el género humano, ó al menos solo ella lleva el carácter de la catolicidad; solo ella posee en el mas subido punto todos los caracteres de la certidumbre moral; solo ella se ha atrevido á llamarse infalible, y la historia de su doctrina prueba en efecto por su admirable é incomprensible unidad que ha recibido este don precioso, por el cual se ha restablecido la union primitiva de los hombres con la verdad. En cualquiera otra parte encontraremos ideas locales, variables, contradictorias, olas que suceden á las olas; mientras la Iglesia católica se parece al Océano, que ciñe y baña todos los continentes.

SERMON CUARTO.

Del Jefe supremo de la Iglesia.

Fundada la Iglesia católica sobre la unidad, como lo hemos visto en el discurso relativo á su constitucion, naturalmente se sigue que la fundacion de esta unidad sobre el terreno movedizo del mundo, ha debido ser para Dios objeto de un especial cuidado; y si es magnífico seguir su Providencia con relacion al último de los hombres, ¿cuánto mas lo sera seguirle en el establecimiento de esa roca imperecedera, que por un juego sublime de palabras ha llamado *Piedra*, declarando que aquel que tropezase con ella seria aniquilado? Hoy me propongo estudiar con vosotros la fundacion del papado, persuadido de que la divinidad de la Iglesia se muestra aquí de lleno, y de que no os costará ningun trabajo reconocerla.

Dos cosas llevaba consigo el papado ó la soberanía pontifical: la supremacía espiritual y la independencía temporal. Sin la supremacía espiritual, venia á ser la unidad una quimera; sin la independencía temporal, no era la supremacía otra cosa que el cautiverio de la verdad, circunscrita á un solo hombre, entregado este á merced de un emperador, de una república ó de cualquier otro poder humano. Era pues preciso, por una parte, que la supremacía fuese siempre visible é incontestable, y además que se pudiese ejercer libremente, á pesar de los obstáculos de todas clases que debia encontrar. Manifestacion de la supremacía pontifical; establecimiento de su independencía; hé aquí dos puntos capitales, correlativos el uno al otro, sin los que la unidad de la Iglesia no podia subsistir en el mundo, y á los cuales Dios ha debido proveer por consiguiente de una manera tanto mas digna de atencion, cuanto que la obra era mas necesaria á la par que mas difícil, vista la naturaleza de las sociedades humanas y de las pasiones, en medio de las cuales debia colocarse tan inmenso poder. Vamos, Señores, á recorrer un vasto camino: obligados nos veremos á omitir muchos pormenores; pero tambien veréis no poco de asombroso para percibir el dedo de Dios, y concebir el deseo de estudiar mas profundamente ese grande abismo de la eterna sabiduria.